

## **El quehacer hoy de la Universidad Centroamericana (UCA) y las actitudes que propician la esperanza de emprenderlo\***

Juan Hernández Pico\*\*

### **Introducción**

Me han encargado este tema a mí, que soy mucho más joven en la UCA que muchas personas de entre ustedes. En los setenta estuve un año investigando para publicar un libro; en los noventa, cinco años en sociología y teología, y llevo ahorita cuatro años en teología, es decir, diez años dispersos en total. Así que cumplo con este encargo con sencillez y humildad, abierto a todo tipo de cuestionamientos. Tal vez lo único que me avala un poco es mi profunda amistad con Ignacio Ellacuría y Amando López y lo que ellos me transmitieron sobre sus ideales universitarios y la deuda que con ellos tengo.

El quehacer hoy de la Universidad Centroamericana de El Salvador hay que determinarlo ubicando los retos históricos que desafían a esta universidad en esta nueva época de paz, en la globalización y en la crisis mundial que ha sacudido por primera vez a esta misma globalización. Sin embargo, para poder afrontar esos retos con alguna expectativa razonable de hacerlo con lucidez e, incluso, de irlos superando, hemos de profundizar también en las actitudes humanas imprescindibles para empezar el camino o, si se quiere, para continuarlo renovándolo, y para perseverar en él. Lo estructural y lo personal están íntimamente referidos, y sin personas universitarias inteligentes, valerosas, íntegras, generosas, solidarias, perseverantes, esperanzadas y llenas de lucidez, será imposible afrontar los retos que nos esperan y que tienen un carácter estructural histórico, y

\* Ponencia dictada el 17 de febrero de 2011, en el Seminario Interno de la UCA.

\*\* Catedrático del Departamento de Teología, UCA.

tampoco será posible afrontarlos a la luz de la inspiración cristiana de esta universidad, uno de cuyos impulsos fundamentales es la esperanza, la esperanza de seguir siendo hoy la universidad cuyo quehacer exigió, de aquellos jesuitas de sus primeros veinticinco años, la disposición al martirio y, de hecho, su asesinato martirial.

### 1. Los retos que vienen del exterior de la UCA

Los retos históricos de la UCA vienen, por un lado, del exterior de la universidad y son hoy los mismos retos que desafían la realidad nacional de este país en su ubicación centroamericana y en su articulación global. Afrontarlos significa contribuir seriamente a que en El Salvador se avance hacia un país liberado, menos desigual y más fraterno. Desde el principio anuncio que he encontrado catorce retos.

En primer lugar, el reto de la pobreza, que no se ha empezado a superar en el tiempo de la paz desde hace 18 años, y que la globalización puede convertir en exclusión. Este reto exige, en virtud de la justicia distributiva, una profunda reforma fiscal que motive e impulse a las personas y empresas de mayores ingresos a contribuir a una mayor productividad económica y al mayor desarrollo humano de sus conciudadanos, y que permita hacer del Estado un conjunto fuerte de instituciones, capaz de una inversión social complementaria de la privada y orientada a producir beneficios para el desarrollo humano de las mayorías populares, y no solo beneficios para las minorías que viven ya en el bienestar.

Este primer reto fundamental, que puede decirse que fue y continúa siendo el reto del hambre y el problema que más motivó a una parte de las clases populares para adherirse a la rebelión que culminó en la guerra civil, puede ser ilustrado conforme al *Informe sobre Desarrollo Humano en El Salvador*, en 2010. Hace diez años, en el *Informe de 2001* casi el 39% (38.8) de los hogares salvadoreños

vivía en la pobreza; y en el año 2009, que es el último del que poseemos estadísticas, casi un 38% (37.8) vive aún en la pobreza. Es decir, que en la última década solo hemos disminuido un 1% del total de los hogares en pobreza (IDH 2010 388). Esto tiene mayor importancia si consideramos que en 1995, hace quince años, el porcentaje de hogares en pobreza era del 46.3% (IDH 2005 480). Quiere esto decir que el ritmo de disminución de la pobreza se ha estancado en este país.

Si consideramos no los hogares, sino las personas, nos encontramos con porcentajes más duros. En 2001, el 44.3% de las personas vivía en la pobreza; y en 2009, el 43.5%. La disminución en una década fue menor al 1% (IDH 2010 389). Pero en 1995, el porcentaje de personas en situación de pobreza era casi del 53% (52.9) (IDH 2005 480). Una vez más, estos datos señalan el estancamiento del ritmo de la disminución de la pobreza en este país.

En términos de desigualdad, es decir, de la brecha entre la riqueza de muy pocos y la pobreza de muchos, el Coeficiente de Gini señalaba 0.53 en 2001 y 0.48 en 2009 (IDH 2010 390). En 1995, el mismo coeficiente señalaba 0.48 (IDH 2005 481). Es decir, que, entre oscilaciones, la desigualdad sigue siendo prácticamente la misma en quince años. Y habría que investigar si el cierto descenso que se ha venido dando en el Coeficiente de Gini no ha tenido, en parte, su causa en las remesas familiares de las personas emigradas que en 2009 alcanzaron la cifra de casi tres mil quinientos millones de dólares (3464.9) (IDH 2010 376), una cantidad que superó a todas las exportaciones de bienes y servicios de este país: 3264.4 millones de dólares (IDH 2010 377). Hablando aquí de migraciones, no podemos olvidar que la tasa de desempleo alcanzaba, en 2009, el 7.3 %, pero la tasa de subempleo llegaba al 44.3% de la PEA (IDH 2010 382). Finalmente, el monto de los ingresos del Estado por tributación llegaron, en 2009, a 2609.4 millones de dólares (IDH 2010 378). El PIB bruto en ese mismo año fue de 21 100.5 millones de dólares (IDH 2010

376). Es decir, que la carga tributaria llegó a un 12.43% del PIB, cantidad muy baja si la comparamos con el 20% en Chile e incluso el 18% en Los EE. UU., por no hablar de los porcentajes europeos que rebasan el 30% llegando algunos al 40%.

Este es el cuadro de la pobreza, la desigualdad, el duro precio de la migración y el egoísmo tributario de los grandes ricos que nos puede encajonar en la exclusión. Pasemos ahora a los demás retos que confrontamos.

En segundo lugar, el reto de las personas emigrantes, que emprenden la peligrosa ruta principalmente hacia los Estados Unidos, empujados sobre todo por la pobreza, uno de cuyos motores es el desempleo o el empleo inestable y pagado con salarios insuficientes y, por tanto, injustos, así como sin prestaciones ni pensiones con jubilación decente.

En tercer lugar, el reto de la inseguridad alimentada por la violencia de múltiples rostros y raíces, que convierte al país en un campo de batalla y hace, por tanto, que tampoco en este terreno hayamos superado, dieciocho años después, las condiciones de la guerra.

En cuarto lugar, el reto de la convivencia en pluralidad, simbolizado tal vez por el crecimiento de las comunidades eclesiales evangélicas, la disminución de la adhesión a la fe católica y la aparición de bastantes personas sin afiliación religiosa; pero este reto contiene también la pluralidad política en el espectro de derecha a izquierda y la convivencia con otra larga serie de costumbres culturales o “hábitos del corazón” –por ejemplo, el trabajo acendrado y el dinero fácil de la corrupción, la memoria de Monseñor Romero y de los demás mártires de El Salvador y el resurgimiento de las identidades indígenas– que van haciendo cada vez más compleja y complicada la identidad salvadoreña y centroamericana.

En quinto lugar, el reto de las relaciones de género que van confrontando; cada vez con mayor audacia y valentía; el patriarcalismo y

el machismo de nuestra cultura y de nuestras instituciones estatales, empresariales y laborales, no solo profundamente opresores de las mujeres, sino que hieren a la vez hondamente la dignidad de los hombres, aunque muchos de estos no lo reconozcan.

En sexto lugar, el reto de nuestro entorno inmediato con el ataque siempre más grave contra el medio ambiente nacional y regional, donde sobresalen la crisis del agua y de la deforestación, y todo ello en un contexto global también de deterioro ambiental, de cambio climático amenazador, como el que está cerniéndose sobre la Amazonia, y de probabilidad cada vez mayor de catástrofes naturales de origen también social.

En séptimo lugar, el reto de la corrupción, que mina la integridad de las personas y la solidez de las instituciones, tanto privadas como públicas. Existe una corrupción que no es precisamente la de los políticos o funcionarios que se llenan la bolsa con los dineros del Estado, sino la corrupción estructural, la que supone construir políticas públicas desde el poder que, con toda regularidad, favorecen a los pocos ricos del país; por ejemplo, la privatización de los bancos nacionalizados en 1992 con la oferta de preferencia de compra e información privilegiada sobre su estado y a precios relativamente baratos a unas pocas familias ricas del país, o la perpetua oposición a impuestos progresivos, o el uso de la violencia para la consecución de beneficios económicos enormemente lucrativos como en los narconegocios y otros negocios de mercancías clandestinas, como el de armas.

En octavo lugar, el reto de la opacidad, que arrebatada, tanto a las relaciones personales como a las relaciones institucionales y especialmente a las instituciones políticas, la transparencia que todos esperamos en la convivencia, y nos hace movernos en la vida cotidiana como en un bosque penetrado de una espesa niebla infranqueable que obstaculiza también la democratización de los partidos y su rendición de cuentas a la ciudadanía.

En noveno lugar, la falta de reforma profunda de la Policía Nacional Civil y de reconversión de las Fuerzas Armadas para que cumplan, en una región fundamentalmente libre de otras amenazas fronterizas tradicionales, el papel de vigilantes del narcotráfico, mientras este siga siendo ilegal, y de otros tráficos clandestinos.

En décimo lugar, la falta especialmente grave de búsqueda de alternativas a la lucha policial e incluso militar contra los narconegocios, sin tener miedo a considerar a fondo un posible consenso mundial o, al menos, regional para la posible legalización de las drogas, como ya se hizo con el tabaco desde tiempos inmemoriales y con el alcohol después de los breves periodos de prohibición en el siglo XX.

En undécimo lugar, la carencia o presencia escasa, una vez más tanto en las empresas privadas como en la actividad pública y gubernamental, de un esfuerzo incesante, dentro de lo posible, de investigación y, más aún, de investigación aplicada al desarrollo y generadora de más investigación (I+D+I). Uno de esos campos de investigación más urgentes y necesarios para este país es el que, desde arquitectura e ingeniería, enfoque la construcción de viviendas baratas y dignas.

En duodécimo lugar, el gran reto de la información y de las comunicaciones masivas, y especialmente el uso eficaz, político y humano de INTERNET y de sus redes sociales electrónicas.

En décimo tercer lugar, el fomento de una ciudadanía formada para la acción pública en la escuela, de una formación política seria y profunda, que vaya haciendo posible una democracia participativa además de representativa. La participación popular auténtica, como lo acaban de mostrar los pueblos jóvenes de Túnez y Egipto, es indispensable

para que los Gobiernos no vivan alienados en la torre de marfil de un sublime aislamiento.

Y finalmente, en décimo cuarto lugar, la apertura al descubrimiento y al fomento del gran depósito de bondad y de coraje para luchar por la vida que existe en el pueblo salvadoreño y en el resto de los pueblos centroamericanos y del mundo, y la acción solidaria, experta pero también amistosa, por la educación y la salud física y mental de estos pueblos, y por la liberación de todo su potencial de humanidad. Y si este desafío les parece utópico en medio de tanta violencia, recuerden las palabras de nuestro santo, San Romero de América, en medio de la violencia que precedió a la guerra: "Con este pueblo, no cuesta ser un buen pastor"<sup>1</sup>.

Pues bien, todos estos retos exigen investigación, y su multiplicación en el conocimiento y en la acción, y la UCA debería estructurar un plan para afrontarlos con profundidad e imaginación trabajando en la universidad en red social de pensamiento y acción que comparta los frutos de la investigación con las mayorías excluidas, según escuchamos aquí mismo al P. General de la Compañía de Jesús el año pasado.

## 2. Los retos internos a la UCA

Pero existen también los retos internos y son los que se desprenden de la enorme exigencia de renovar y recuperar continuamente la coherencia con las responsabilidades que se desprenden de la misma definición que la UCA se ha dado a sí misma. Se trata de tres retos.

En primer lugar, seguir siendo una universidad distinta para el bien de las mayorías.

La UCA pretende ser una universidad independiente, es decir, libre de las presiones que se derivan del sistema dominante e injusto

1. Cavada, Miguel, *El corazón de monseñor Romero*, San Salvador, Centro Monseñor Romero, 2010, p. 71.

de sociedad que trata sutilmente de “mellar el temple” de una universidad<sup>2</sup> (UD 82) que quiere favorecer el cambio de estructuras económicas, políticas y sociales y el cambio de “hábitos del corazón” que desde la cultura impiden las auténticas transformaciones a favor de las mayorías. La UCA quiso cumplir con esta tarea en sus primeros 25 años de existencia, cuando dos fuerzas enfrentadas en guerra civil se disputaban el diseño del futuro de este país. Ya entonces Ignacio Ellacuría avisaba que, para que la lucha universitaria por el cambio social profundo no se convirtiera en pura ideología que la sociedad pudiera asimilar como prueba de su misma tolerancia o como vacuna que la hiciera inmune al cambio real, “solo un contacto con las mayorías necesitadas y con la necesidad de las mayorías podría constituirse en eficaz principio de autonomía frente a la atmósfera social reinante en el ‘medio’ universitario”. Y continuaba afirmando que la identidad crítica de esta universidad “dejará de ser una especie de medicina preventiva contra el cambio (...) solo si esa crítica se hace conciencia operante en esa mayoría”. Y a su vez, “solo si esa crítica se ve forzada por la presión real de los oprimidos, podrá constituirse en algo auténtico y verdaderamente operante” (UD 82-83).

Después de otros veinte años marcados por el final de la guerra civil y los acuerdos de paz, la realidad nacional no ha sufrido cambios profundos, con la excepción de la renuncia de la Fuerza Armada a implicarse en el poder del Estado deliberadamente, la unificación de la policía en una sola fuerza (la PNC) y, sobre todo, la instauración del pluralismo político, toda vez que uno de los beligerantes, entonces insurgente revolucionario, es hoy adversario político legítimo y legal (FMLN) y, después de haber estado ampliamente presente en la Asamblea y en las Alcaldías durante casi veinte años, ha ganado ya unas elecciones presidenciales. Sin embargo, los largos años de gobierno neoliberal del otro de los adver-

sarios (ARENA), la presión de los valores de la globalización en la era de la información y de la comunicación por INTERNET, y en especial la implantación de la sociedad de consumo, al menos como expectativa de las mayorías, y el refuerzo de esta expectativa desde el contacto inmediato de millones de salvadoreños emigrantes con el norte americano, hacen muy difícil que se sienta en la UCA “la presión real de los oprimidos”. Tanto la seducción del dinero fácil por la vía del servicio al capital delincinencial, especialmente a los narconegocios, como la implantación entre los pobres de identidades grupales novedosas como las de las maras inmersas en la extorsión y otros tipos de amenaza y violencia, han ejercido una influencia deletérea para trastocar la movilización social a favor de la justicia, por la movilización social para el logro del aumento del consumo a toda costa.

En el documento programático de la UCA fechado en 2001, que se titula “Misión de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas”, se afirma que “las cuestiones últimas que se plantean a la UCA son la vida, la verdad, la dignidad, la justicia y la libertad de [las] grandes mayorías” (p. 7), y se mantiene que “históricamente, la identidad y la misión de la UCA se han ido forjando en el intentar responder a este inmenso desafío –que no es exclusivo de ella–” (p.8). Reafirmar esta misión casi 46 años después de la fundación de esta universidad supone asumir lúcidamente que la UCA de hoy vive un ambiente interno poco favorable para empeñarse en realizarla con pasión. Y supone también creer firmemente que, no obstante, “otra universidad distinta es aún posible” y que, para ello, en la UCA y en este país es preciso luchar por una revolución cultural. La crisis de la globalización con el desenmascaramiento de la codicia inhumana de los caudillos de las finanzas, que ha hecho que tanto el presidente de los Estados Unidos como el comisario de Economía de la Unión Europea hayan denominado a esta crisis como

2. Ellacuría, Ignacio, “Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?”, en *Escritos universitarios*, San Salvador: UCA Editores, 1999, pp. 49-92. En el texto se citará como UD y la página, entre paréntesis.

“crisis de codicia”, ofrece una oportunidad histórica para que la lucha entre nosotros por una revolución cultural que reformule radicalmente los objetivos del bien vivir, es decir, del vivir humanamente con dignidad, no sea una lucha quijotesca, sino una lucha posible a nivel nacional, regional y mundial.

En segundo lugar, el reto de renovar la inspiración cristiana de esta universidad.

Además del reto de la revolución cultural en el ambiente de la UCA para poder así luchar por ella con credibilidad en el ambiente nacional y regional y, más allá, si logramos contactar con nuestros emigrantes y con el Foro Social Mundial, se nos presenta internamente el reto de hacer florecer continuamente la inspiración cristiana de esta universidad. Hace 21 años, el rector, Ignacio Ellacuría; el vicerrector académico, Ignacio Martín Baró; el director del Instituto de Derechos Humanos recién fundado, Santiago Montes; dos profesores de teología en el Centro Monseñor Romero, Amando López y Juan Ramón Moreno; el fundador y director de Fe y Alegría, primer secretario general de la UCA, Joaquín López; y dos mujeres, Julia Elba Ramos y su hija adolescente Celina, fueron asesinadas en esta universidad por la Fuerza Armada. Fueron, como otros miles de personas civiles de este país, masacrados de noche, haciéndonos recordar que un Estado fundado sobre la injusticia no puede aguantar la justa rebeldía y denuncia de mentes y corazones universitarios sanos. Un año después, el logo de la UCA con la presencia familiar del búho de Minerva, metáfora hegeliana para nombrar a la filosofía, se enriquece con la cruz de Jesús de Nazaret, que emerge del logo y lo corona. Hegel afirmaba que la filosofía, como el búho de Minerva, solo podía remontar el vuelo a la hora del crepúsculo, es decir, siempre a la zaga de la estructuración de la realidad en la historia. La cruz de Jesús, en cambio, fue la condena con que el poder castigó la denuncia

de la realidad histórica inhumana y la anticipación de otra realidad humana posible en el alborear del Reino de Dios. La cruz que los mártires de la UCA compartieron con Jesús fue también el castigo del poder injusto y opresor al estudio de la realidad nacional y a la denuncia de su injusta estructuración, y al anuncio de que en El Salvador era posible luchar para vivir de otra manera más digna tratando de construir el reino de este mundo y esperando así que a estas personas que lo construyen viniera también el Reino de Dios, porque también intentan buscarlo (Mt 6, 33).

Hoy, cuando hemos vivido ya el primer decenio del siglo XXI, la UCA tiene un segundo gran reto interno. Luchar por que la sabiduría universitaria esté al servicio de la construcción del reino de este mundo y esperar al mismo tiempo que el Reino de Dios venga a nosotros en la UCA y en este país. La UCA no exige una profesión de fe religiosa ni de sus empleados en cualquier oficio, ni de las personas dedicadas a la investigación en ella, ni de sus docentes, ni de las personas dedicadas en ella a la proyección social ni de su alumnado. Con todo, para poder seguir siendo fiel al impulso fundacional y al modo como se fue construyendo y radicalizando en sus primeros 25 años, la UCA exige un talante de personas que las haga “mujeres y hombres para los demás”. El gran teólogo luterano, mártir del nazismo en 1945, Dietrich Bonhoeffer, llamó a Jesús de Nazaret “el hombre para los demás”. Tres décadas después, el superior general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe (1907-1991), aplicó esa expresión a las personas que quieren seguir a Jesús. “Mujeres y hombres para los demás” significa personas que conciben su vida como entregada a la solidaridad y no al egoísmo individualista; personas que viven el *pathos* o la pasión de la justicia aun conscientes de que “no trabajaremos por la justicia sin que paguemos un precio”<sup>3</sup>; personas que viven una ética de trabajo con excelencia, de

3. Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús, Decreto 4, n. 43. Frase sugerida a la Congregación por Pedro Arrupe.

honradez con la realidad, y de transparencia de sus verdaderas intenciones; personas que enfrentan con esperanza la tarea aparentemente imposible de cambiar las estructuras y revolucionar los valores en la cultura; personas que ponen el servicio por encima y en contra de la dominación; personas conscientes de la deuda que como universitarias tienen con la sociedad y que, por eso, tratan de luchar contra los vicios de la sociedad de consumo y de asumir la visión de un nivel y estilo de vida más austero, que tenga en cuenta la identificación solidaria con los más pobres y la supervivencia del planeta; y, más específicamente, personas que, una vez pagadas en forma digna y justa, según el diferente servicio que prestan, no levantan frente a la universidad pretensiones salariales que, si pudiera cumplirlas, harían de la UCA una empresa lucrativa perfectamente encajada en el sistema capitalista; personas que buscan continuamente superarse en sus capacidades de investigación, docencia y proyección social para aumentar su capital de conocimiento, de práctica y de sabiduría, y para no volverse rutinarias en la tarea de cada día; personas que respetan a las otras personas en la UCA y fuera de ella no por lo que tienen o lo que saben y mucho menos por el color de la piel, sino sobre todo por lo que valen y lo que son.

Mientras tanto, el reto de los órganos directivos de la UCA es, juntamente con todos las personas de fe cristiana en la universidad, hacer explícita la raíz motivacional de esta manera de proceder, el seguimiento de Jesucristo y el fomento de la comunidad de fe, como fundamento de la inspiración cristiana de esta universidad; y, especialmente, su actualización en la confianza de que es posible otro mundo, otra sociedad, otro país, y que se acerca a nosotros diariamente a través de nuestro trabajo y el de otras personas e instituciones. Y debe ofrecer a la gente de confesión cristiana, a todos los

niveles de la UCA, la formación permanente indispensable para la mayoría de edad como personas cristianas corresponsables. Esto, sin embargo, no es fácil para una institución universitaria. Veámoslo en la misma evolución del pensamiento de Ignacio Ellacuría.

Cuando Ignacio Ellacuría escribió en 1975, en la revista *Estudios Centroamericanos* (ECA) de esta universidad, a los diez años de su fundación, su famoso artículo –a la vez balance crítico y propuesta desafiante– que llevó por título “¿Es posible una universidad distinta?”, contestó que esa diferencia, que da sentido último a esta universidad, debe medirse “desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que debe servir”, y reconoció claramente que se trata de “un criterio político” (UD 50-51).

Ellacuría hablaba en un país donde solo existían dos universidades: la Universidad Nacional (UES) y la Universidad Centroamericana (UCA) y donde, a su juicio, representaban “el máximo poder ideológico de la nación” (UD 51). Probablemente, el peso específico ideológico de estas dos universidades ha disminuido hoy, cuando entre las muchas universidades en este país hay otras tres o cuatro de cierto buen nivel, y cuando además existen instituciones de pensamiento y análisis, como FUSADES y FUNDE, a ambos lados del espectro ideológico, y los estudios del Banco Central de Reserva, además del PNUD y sus estudios de desarrollo humano. Si la UCA, sin embargo, mantiene el criterio político de su incidencia en la realidad histórica de este país e intenta todavía ser “conciencia crítica y creadora” de ella<sup>4</sup>, la pretensión de Ellacuría podría continuar siendo real. Sería la manera concreta de seguir siendo una “institución de utilidad pública” como él la concebía (UD 52), y no propiamente privada.

4. Ellacuría, Ignacio y Román Mayorga, “Discurso de la Universidad Centroamericana ‘José Simeón Cañas’ en la firma del contrato con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en Ellacuría, *Escritos universitarios*, op. cit., p. 24.

Es importante actualizar que la dimensión política de la universidad, tal como Ellacuría la entendía, se situaba lejos tanto del robustecimiento del injusto sistema imperante bajo el disfraz del “cultivo neutro del saber” como del enfrentamiento del sistema al modo de un partido político de oposición o de las organizaciones populares. “Por su propio carácter crítico, por su necesidad fundamental de racionalidad y eticidad”, la universidad debía ser fiel “a su propio modo universitario de enfrentarse con la realidad política” (UD 52).

Esa dimensión política incluía que la UCA tenga a “las mayorías oprimidas como horizonte de la actividad universitaria”; “la cultura como campo” de la misma, es decir, “el cultivo de la realidad”, que abarca “un estricto saber de la naturaleza y de la sociedad”, con “el dominio de la técnicas transformadoras de la naturaleza, del hombre y de la sociedad”; “la palabra eficaz como método de la acción universitaria”, es decir, “la comunicación recibida y comprendida de la cultura reelaborada en la universidad” y convertida en poder del saber; “la beligerancia como talante fundamental de la actividad universitaria”, frente a la irracionalidad, la violencia institucional y la injusticia institucionalizada en la sociedad; y “el cambio estructural de la sociedad como objetivo de la actividad universitaria”, en cuyo contexto el Ellacuría de 1975 afirma tajantemente “que el objetivo principal de la universidad” no es “la formación de profesionales” (UD 54-67).

Al lado de la dimensión política de la Universidad, Ignacio Ellacuría escudriñaba, en 1975, la inspiración cristiana de la UCA. “El cristianismo de una universidad –afirmaba– no puede medirse ni por las doctrinas que propugne, ni por los sacramentos que imparta, ni por las prácticas piadosas que realice”. En cambio, “lo importante (...) es mostrar cómo la inspiración cristiana puede favorecer y potenciar” los fines y los medios universitarios. Ellacuría veía una importante convergencia entre los objetivos de “los ‘científicos’ de la historia”, que consistían

en liberar a esa misma realidad histórica de la opresión y de la dependencia, y los objetivos de “los ‘teólogos’ de la historia”, que luchaban por liberar la realidad histórica del “pecado estructural e histórico”. Y añadía que “el análisis científico de la realidad (...) lleva a centrar la atención sobre males estructurales y reformas de estructuras”, mientras que “el análisis teológico de la realidad (...) se centra más sobre la ‘relación’ persona-estructura”. Insistía en que “se ha de buscar a la vez la construcción de un hombre nuevo y de una tierra nueva”; pero en la construcción de la tierra nueva, a la que también la universidad ha de contribuir conforme a su propio método –“la palabra eficaz”–, “la perspectiva normal desde la que el cristianismo proyecta su labor liberadora no es la del poder ni la de la dominación, sino la del servicio.” Y con gran fuerza, Ellacuría añadía: “La universidad como inspiración cristiana no es lugar de seguridad, de intereses egoístas, de lucros honoríficos o económicos, de vistosidades mundanas; es lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia” (UD 89-90). Él mismo y sus hermanos lo iban a mostrar fehacientemente catorce años más tarde, el 16 de noviembre de 1989.

En 1975, Ellacuría lo tenía muy claro: “El cristianismo de la universidad no debe medirse ni desde profesiones de fe ni desde acatamientos jerárquicos, ni desde la enseñanza explícita de temas religiosos –aunque sea muy necesario en nuestros países un centro de reflexión y producción teológica–, sino desde su concreta orientación histórica, a qué señor sirve, sabiendo muy convencidamente que no se puede servir a dos señores” (UD 92).

Dos años después comenzaba en El Salvador el hecho Romero, un hecho religioso impresionante donde el arzobispo esperado ansiosamente por los pocos ricos de este país se convertía –palpando la sangre de su amigo Rutilio Grande en la parroquia de Aguilares, la sangre del anciano sacristán Manuel Solórzano, del adolescente Nelson Rutilio



Lemus y de otras personas de su pueblo asesinadas— de una rectitud sin tacha a una audacia profética absolutamente inesperada.

A los veinte años de la fundación de la UCA, cinco después del asesinato martirial de monseñor Romero, siendo Ellacuría ya rector de esta universidad, la UCA otorgó a monseñor Romero un doctorado *honoris causa* en teología. En el discurso de entrega, Ignacio Ellacuría afirmó, en palabras solemnes, su convicción de que con monseñor Romero Dios había pasado por El Salvador: “Con él —dijo— se dio la pascua, el paso del Señor entre los hombres”<sup>5</sup>. Y al reconocer que la UCA había dado a Romero la colaboración que le había pedido “en el análisis político de la realidad nacional” y “también en planteamientos teológicos, especialmente con ocasión de sus cartas pastorales, dejó meridianamente claro que “en todas estas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y quién era el seguidor, de quién era el animador y quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco”. Y parafraseando la conocida frase de Romero, afirmó: “Con este pastor, qué fácil es ser pueblo de Dios” (DOC 232). Evidentemente, el acontecimiento Romero y la persona de Romero y el trato con él cambiaron algo, muy profundamente, en Ignacio Ellacuría. No es, pues, extraño oírle decir, en el discurso del doctorado, palabras que probablemente no hubiera dicho diez años antes: “Como signo externo de este compromiso, el día de mañana se bendicirá e inaugurará una amplia capilla, respondiendo así a la petición que el propio monseñor nos hiciera, para reconfortar y alimentar nuestra fe y, en definitiva, la unión del hombre con el Dios de la vida y de la libertad”. ¿De qué compromiso se trataba? De “concebir la fe como principio de liberación, cuyo origen último y destino final es Dios mismo” y de

“ponerla en marcha desde la opción preferencial por los pobres”, de manera que no se pueda “menos de ver una potenciación mutua entre la fe que viene de arriba y el clamor de los pobres que viene de abajo, entre las exigencias más profundas de la fe y las exigencias más profundas del quehacer universitario” (DOC 242).

No se crea que Ellacuría abandonaba así sus principios más profundos. Seguía creyendo que el compromiso de la UCA era “hacer a nuestra manera universitaria lo que” Romero “hizo a su manera pastoral” (DOC 230). O, dicho de otra manera, “nuestra universidad acompañó cuanto pudo a Monseñor en esta tarea” de despertar la conciencia de los salvadoreños” y “denunciar todo aquello que impedía la dignidad de la persona humana y el crecimiento del pueblo”, “porque estábamos convencidos de que él era, aquí y ahora, la punta de lanza de la historia salvadoreña, a la cual había de seguir cada uno y cada institución conforme a sus propias características” (DOC 234-235). Lo expresó también así: “A la orientación profética y pastoral de Mons. Romero, la universidad debe aportar la mediación de sus análisis científicos” (DOC 240).

Dicho esto, hay que reconocer que Romero fue un parte aguas en la vida de Ignacio Ellacuría. Uno lo puede vislumbrar cuando lee estas palabras suyas acerca de la muerte de monseñor: “El asesinato era un mártir. Lo mataron porque iluminaba y denunciaba desde el Evangelio los males del país y a quienes los perpetraban, pero murió porque el amor de Dios y el amor del pueblo le estaban pidiendo dar su vida en testimonio de lo que creía y de lo que practicaba” (DOC 234). Para toda persona que conozca el pensamiento teológico de Ignacio Ellacuría, es inevitable el reconocimiento, en estas palabras, del criterio que él aplicó innovadoramente a la explicación de la muerte de Jesús de Nazaret: ¿por qué lo mataron y por qué murió? La segunda

5. Ellacuría, Ignacio, “La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero”, en Ellacuría, *Estudios universitarios*, op. cit. Se citará en el texto con DOC y la página correspondiente.

parte de la pregunta ubica en la respuesta toda la teología tradicional de la redención, mientras que la primera ubica novedosamente en la respuesta la historia de la muerte de Jesús. Que Ignacio Ellacuría haya usado las mismas categorías cristológicas para explicar el asesinato, primero, y la entrega martirial de la vida, después, de Monseñor Romero, indica profundamente lo que Romero significó en su propia vida.

Si, para irnos acercando al final de esta ponencia, leemos lo que Ignacio Ellacuría afirmó en la graduación del 30 de septiembre de 1988, cuando estas graduaciones las presidía ya en el contexto de una Eucaristía, podemos escuchar un testimonio fehaciente de cómo Romero influyó en su manera de ver la inspiración cristiana como fuente de esta universidad. “La predicación de Jesús –afirmó– se centra en torno al reino o reinado de Dios (...). Ese reino de Dios no se identifica con un modelo concreto de sociedad sobre el cual Jesús no dijo palabras muy precisas, pero sí reclama un modelo de sociedad en el cual todos los hombres, no solo unos pocos, puedan disfrutar de las condiciones mejores para ser más hombres, más felices, más humanos, para que (...) vivan dignamente como hijos del mismo Padre y hermanos entre sí (...), para que el mundo y la sociedad (...) llegue a ser una nueva ciudad (...) en donde predomine el espíritu de las bienaventuranzas”<sup>6</sup> (IC 290).

Y continuó Ignacio Ellacuría: “Ustedes, como nuevos profesionales de la UCA, serán tanto más cristianos cuanto más preparados estén para contribuir a la construcción de ese reino” (IC 290).

Pienso, tal vez con excesiva audacia, que estas palabras no las hubiera pronunciado el rector Ignacio Ellacuría sin el influjo y la huella permanente que en él dejó monseñor Romero. Pienso que se dio en él un cambio en la concepción de la inspiración cristiana de la

UCA. No quiero decir obviamente que la categoría “reino o reinado de Dios” no estuviera ya en la teología de Ellacuría antes de 1977. Lo que quiero decir es que, antes de su encuentro con monseñor Romero, no había actualizado su modo de comprender la inspiración cristiana de la UCA “desde lo que es el reino de Dios” (IC 289).

No se había convertido desde una visión de la inspiración cristiana como fundamentada. En “realidades verificables”, sobre todo desde “a qué señor sirve” (UD 92) hasta una visión piadosa, sino hasta una visión en la que se explicitaba el contenido cristológico de esa inspiración, el servicio a la construcción del reino de Dios.

Pero no podemos olvidar que, en esa misma graduación de 1988, Ellacuría añadió: “Todo esto requiere, por lo pronto, un gran esfuerzo de profesores y alumnos para alcanzar conocimientos y habilidades, lo más excelente posible, puesto que los problemas técnicos y materiales, los problemas sociales y políticos que abruman a El Salvador son de tal dificultad y envergadura que necesitan de profesionales muy bien formados técnica, moral y políticamente para irlos resolviendo. Una universidad, unos profesores y unos alumnos, que no estén preparados para alcanzar la excelencia que el país y la situación exigen, no puede pretender ser una universidad de inspiración cristiana, sencillamente porque no responde a una de las exigencias necesarias del reino de Dios, la de estar preparados para responder a las necesidades fundamentales de la sociedad en la que se vive” (IC 291).

El tercer reto es el rescate o recuperación del planteamiento utópico-profético que hizo pocos días antes de su muerte Ignacio Ellacuría.

Es bien conocido que unos pocos días antes de ser asesinado, Ignacio Ellacuría convocó

6. Ellacuría, Ignacio, “La inspiración cristiana de la UCA en la docencia”, en Ellacuría, *Estudios universitarios*, op. cit. En el texto se citará como IC seguido de la página correspondiente.

“desde la negación profética y desde la afirmación utópica” a “revertir el signo principal que configura la civilización mundial”<sup>7</sup> (DES 299), es decir, “la civilización del capital” (DES 300) y a “intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo, revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección” (DES 301). Lo hizo en Barcelona, al recibir un premio otorgado por la Fundación Alfonso Carlos Comín, alguien que se definió a sí mismo como “católico en el Partido y comunista en la Iglesia”. Ellacuría llamó a “crear modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital” (DES 302). Quería “contribuir a ayudar o construir, con otros muchos pueblos, una civilización realmente universal (...), la civilización del trabajo, una civilización de la pobreza que se enfrente a la civilización de la riqueza” (DES 305). Su pensamiento en esta convocatoria era dialéctico: veía “el trabajo (...) no regido exclusiva ni preponderantemente, directa o indirectamente, por el dinamismo del capital y de la acumulación, sino por el dinamismo real del perfeccionamiento de la persona humana y la potenciación humanizante de su medio vital” (DES 301). Algunos han querido desvalorizar su convocatoria ironizando que lo que deseaba Ellacuría era la generalización universal de la pobreza. Pero él anticipó esa ironía y afirmó que solo propiciaba la civilización de la pobreza dialécticamente, en cuanto opuesta a una civilización de la riqueza que había que negar porque ampliaba permanentemente la brecha entre ricos y pobres, “sean regiones, países o grupos humanos”. Precisamente por eso habló siempre de civilización de la pobreza como equivalente a civilización del trabajo. Esta dialéctica entre civilización de la pobreza y civilización de la riqueza es coherente con la misma dialéctica de Jesús en el Evangelio de Lucas: “Dichosos los pobres porque de ustedes es el Reino de Dios” (Lc 6, 20) y “¡Ay de ustedes, los ricos, porque ya tienen su consuelo” (Lc 6, 24). Esta

dialéctica de Jesús expresada en términos personales, Ellacuría la actualiza en términos estructurales de civilización.

Pienso que hoy, cuando la crisis del capital globalizado nos ha llevado a la orilla de otra depresión mundial de costos humanamente incalculables, es preciso que la UCA rescate esta convocatoria profética y utópica de su gran rector mártir: Ignacio Ellacuría. Es preciso que ponga todas sus capacidades de investigación, docencia y proyección social al servicio de la creación de modelos que puedan ir haciendo posible una mesa mundial compartida y un trabajo personal y socialmente humanizante que convide a ella.

A la profecía y a la utopía no las alimenta ni la insensatez ni mucho menos la demagogia. Lo que las alimenta es la lucidez y la esperanza. O si se quiere, la lucidez esperanzada vivida con una gran libertad. La UCA no puede dejar de ser “conciencia crítica y creadora” de la realidad nacional porque la izquierda haya ganado las elecciones. Lo que sigue alentando la lucidez esperanzada y la libertad de la UCA es la condición histórica de los pobres, de las mujeres pobres y de sus hijos sobre todo, y de los emigrantes de este pueblo tan trabajador. Y en “la construcción esperanzada de un futuro [y también de un presente] mejor para el pueblo salvadoreño” (DOC 240) y para los demás pueblos centroamericanos y para todos los pueblos pobres y oprimidos de la humanidad, lo que ha de fortalecerlos son los grandes ejemplos de esperanza de la humanidad: el de Jesús de Nazaret y, entre nosotros, el de monseñor Romero, del cual Ellacuría dijo: “La esperanza de Mons. Romero era más fuerte que la realidad desesperanzada que todos los días tocaba a sus puertas (...). Sobre dos pilares apoyaba su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo (...) y un pilar trascendente, que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de

7. Ellacuría, Ignacio, “El Desafío de las mayorías populares”, en Ellacuría, *Estudios universitarios*, op. cit. En el texto se citará como DES seguido de la página.

muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal” (DOC 240).

Permítaseme acabar con un recuerdo. Estábamos Ignacio Ellacuría y yo juntos en Berlín, Capital de la cultura europea, en septiembre de 1988, la última vez que lo vi vivo. Centroamérica y Europa era el tema de aquel congreso. Ignacio habló de los derechos humanos y su defensa en Centroamérica. Me tocó a mí hablar sobre los procesos revolucionarios en Centroamérica y su defensa. Estábamos, con una sola excepción, rodeados de agnóstico o ateos. Y el uno al otro nos

dijimos: “Estamos haciendo teodicea. Estamos dejando a Dios en buen lugar”. Eso hemos de seguir haciendo. Mientras luchamos en este mundo secularizado para que irrumpa una mesa mundial compartida y un trabajo humanizante, a partir de la tradición ignaciana del trabajo “intelectual que media entre la fe y la cultura”, estaremos dejando a Dios en buen lugar en El Salvador, en Centroamérica y en el mundo. Eso nos recordó el año pasado el P. General, y eso es lo que esperamos poder poner en práctica.

Muchas gracias.